



26 de Septiembre de 2010 26^{avo} Domingo en Tiempo Ordinario

"...esmérate en seguir la justicia, la piedad, la fe, el amor, la constancia y la humildad" 1 Timoteo 6:11

Estimados Amigos;

Mi amigo, el asesor litúrgico, John Buscemi, cuenta una historia relacionada a su recorrido al trabajo cuando enseñaba en la Unión Teológica de Chicago. Caminando de la estación del tren "L", inevitablemente un número de personas le pedían dinero. John no tenía suficiente dinero para todos los que encontraba en su camino.

Inicialmente el no sabía que hacer después de haberle dado a la primera persona todo el dinero que tenía en su bolsillo. Entonces se dio cuenta que muchas de estas personas se sentían como si fueran invisibles porque nadie las miraba o reconocían su presencia. Él dijo, de razón tantas de estas personas actúan como sicópatas; nosotros también lo haríamos si nadie reconociera nuestra presencia.

Así es que John decidió que aunque él no tuviera dinero para todos, él tenía algo importante para dar—su presencia y su tiempo. John decidió que el reconocería la presencia de cada uno de ellos que le pidiera "cambio." Después de haber dado el cambio que tenía a la primera persona, él iba a saludar a las siguientes personas y les diría "Me gustaría ayudarte pero le he dado lo que tenía a tu amigo que está allá."

Inevitablemente el recipiente de la atención de John estaba agradecido de ser reconocido. A cada uno le dio el regalo de dignidad humana. Tantos de nosotros caminamos y miramos sin ver a las personas que piden ayuda en las calles, temeroso de que nos puedan conmovir. John modela una forma en la que podemos manejar la situación sin quitarles a las personas su dignidad humana.

La parábola de Lázaro y del hombre rico (del Evangelio de Lucas) es una advertencia para nosotros. El hombre rico no ve al pobre Lázaro tirado en su puerta. La falta del hombre de no ver es lo que lo condena. Esta historia nos recuerda del peligro de las oportunidades perdidas.

Pensamos que tenemos todo el tiempo del mundo para hacerles el bien a otros. La parábola de Jesús nos da la cruda verdad—algunas oportunidades pueden perderse para siempre y algunas decisiones no pueden retomarse.

La primera lectura de Amos también nos recuerda que preocuparnos por los pobres no es cuestión sólo de individuos, sino que también de las naciones. Crear una cultura, un sistema económico o sociedad que ignora los problemas de los débiles tiene consecuencias desastrosas.

Las naciones e individuos necesitan preguntarse así mismos: "¿A quien es que estamos ignorando y no vemos?" "¿Representa un tormento para otros la comodidad actual de mi vida?" Estas no son preguntas fáciles. Ni las podemos ignorar como si fueran calcomanías de parachoques o demagogia enojada de los conductores de programas de televisión.

Jesús demanda que lo encontremos en las caras de los pobres, marginados, extraños y aún los sin amor y indeseados. Jesús se hizo así mismo pobre para que nosotros pudiéramos ser ricos en el Espíritu. Compartamos sus riquezas con todos los necesitados—con los hambrientos: ricos y pobres.

Paz,

Padre Ron